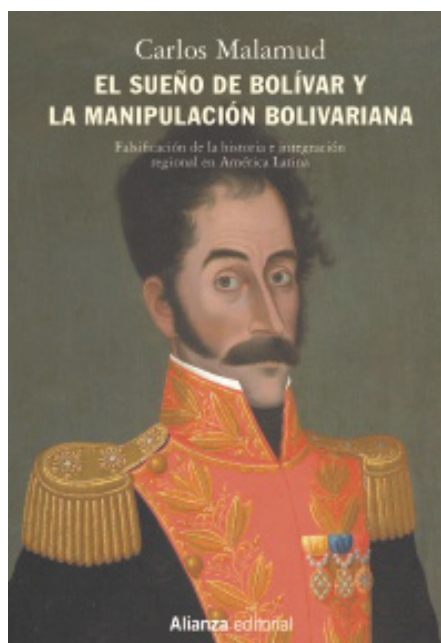


RESISTENTE ENTRE DOS MUNDOS

ENTREVISTA A CARLOS MALAMUD RILKES

*Marisa González de Oleaga
José Antonio Sánchez Román
Ignacio Padial Córdoba*
UNED



Tiene fama de duro en el debate, no hace concesiones y discute de manera ágil y feroz. Formó parte de una tríada que, por edad y convicción, lo colocó junto a Pedro Vives y Pedro Pérez Herrero. Ha sido un ejemplo para varias generaciones de historiadores latinoamericanistas. Desde la dirección del doctorado en América Latina Contemporánea del Instituto Universitario Ortega y Gasset convocó a figuras internacionales de este campo de estudio y lo convirtió en un referente internacional sobre la temática. Ha tenido una vida llena de avatares personales y profesionales, incluido el

exilio que lo trajo a España desde la Argentina en el filo del golpe de Estado de 1976. No se queja, más aún, si se le pregunta cree haber tenido una vida estupenda y plena, pero ha sido testigo de momentos decisivos en la historia de su país de origen y de su país de adopción. Y ha resistido. Al destierro y a las dificultades de su incorporación en este país, una integración que no fue fácil, nunca lo es. En esta entrevista, junto a su perfil académico hemos desarrollado su faceta menos conocida, la de testigo de dos transiciones excepcionales, la de relator de ciertos climas de época y esto es lo que nos ha contado.

Empecemos por los apellidos. ¿Malamud y Rikles de dónde vienen?

Mis cuatro abuelos nacieron en Argentina, lo que no era demasiado frecuente. Todos tenían orígenes en Europa Oriental. Los Malamud llegaron desde Ucrania y fueron a una colonia agrícola¹ en el norte de la provincia de Santa Fe, Moisés Ville. Mi abuela paterna llegó de Rumanía, y su familia fue a otra colonia en Entre Ríos. Los Rikles se quedaron en la provincia de Buenos Aires.

¿Crees que ese origen tuvo algún tipo de influencia en tu vida profesional como historiador?

Empecé a estudiar Física. Después cambié a Historia. Obviamente, ser de familia judía y haber nacido en 1951, seis años después de terminada la Segunda Guerra Mundial, con la Shoah muy presente, tuvo una gran influencia.

¿Comenzaste a estudiar Física en la Universidad de Buenos Aires?

Sí, Ciencias Exactas en 1970, después de terminar el colegio en 1969. En el segundo cuatrimestre de 1970 vi que no era lo mío. En 1971 empecé Filosofía y Letras. Tenía la ventaja, al haber cursado el secundario en el Colegio Nacional de Buenos Aires,² y no tenía que hacer la selectividad.

¿Cómo era, si tuvieras que contarle a alguien mucho más joven, el clima de época de los 70?

Muy particular. En 1966 fue el golpe del general Juan Carlos Onganía, la Noche de los Bastones Largos (la entrada de la policía en la universidad) que viví muy de cerca... La Facultad de Ciencias Exactas estaba en la calle Perú, en la misma Manzana de las Luces que el Nacional Buenos Aires. Con otros dos compañeros del colegio fuimos a la facultad, que ya estaba tomada por los estudiantes... 1966 y los años posteriores hasta 1969 estuvieron marcados por la dictadura militar: los avances sobre la

educación pública, los intentos de vaciar el presupuesto universitario, la intervención de la universidad... junto con el impacto de la Revolución Cubana y la emergencia de la lucha armada. El contexto sociopolítico estaba marcado por esas cuestiones.

Desde una perspectiva subjetiva, desde la visión de Carlos Malamud en ese momento, ¿cómo se recibe en tu generación la Revolución Cubana, el inicio de la guerrilla...? Quiero decir, que contextualmente tenía muchísimo sentido, lo que hoy nos puede parecer medio delirante en ese momento no lo era.

No, no era delirante. Fue un clima que terminó de estallar en 1973 cuando Héctor Cámpora ganó las elecciones. Un clima donde todo era posible. Donde la revolución estaba al alcance de la mano y donde había una corriente muy fuerte, de una parte considerable de la juventud, acercándose a esas pulsiones revolucionarias.

Siguiendo con eso, relacionado con lo que preguntaba Marisa, has descrito un clima de agitación política muy intensa. ¿Pudo influir eso en elegir Historia? ¿Hasta qué punto uno elegía lo que quería estudiar relacionado con ese contexto o esa percepción subjetiva del contexto?

Obviamente puede ser. No digo que no. No fue una elección totalmente racional en la que dijera: hay una coyuntura de efervescencia revolucionaria, ergo, voy a estudiar Historia para entender lo que está pasando.

Y ese Carlos que vive esa situación de efervescencia revolucionaria, ¿cómo se posiciona? ¿Empieza a militar?

Venía de una familia antiperonista, y al mismo tiempo antiestalinista. Una familia de tradición judía, pero no creyente. La Guerra de los Seis Días me tocó muy de cerca. Se formó una especie de grupo de discusión de izquierda sionista que luego tendría algo más de acción,

pero no demasiada. Se llamaba Movimiento Amós de Izquierda Sionista (MADIS) y se definía como sionista-socialista-revolucionario. Una de sus consignas centrales era «solo la paz es revolucionaria en Medio Oriente». Al mismo tiempo, mi vertiente antiestalinista derivó en una tendencia ácrata bastante asentada, en un momento de mucha agitación política. Terminé el Nacional Buenos Aires en 1969, coincidiendo con la emergencia de los grupos armados, el secuestro y asesinato del general Pedro Aramburu, pero también una fuerte movilización de grupos fascistas y neonazis. El (colegio) Buenos Aires no era ajeno a enfrentamientos frecuentes con esos grupos, que venían a hacer propaganda. En 1972, me tocó hacer *la colimba* (la mili). En 1973, con el fin de la dictadura de Alejandro Lanusse (y el regreso de Perón), seguía siendo consistentemente antiperonista. Pero, la influencia de la Revolución Cubana con publicaciones como *Cristianismo y Revolución*, o los Tupamaros, en Uruguay, me iba trabajando. El 11 de marzo del 1973, día de las elecciones generales, me tocó una tarea delicadísima en el cuartel donde estaba haciendo la *mili*. Estábamos acuartelados y tenía que cuidar un teléfono. Mientras el teléfono no sonara no pasaba nada, todos tranquilos, y, si sonaba, había que salir a reprimir. Afortunadamente no sonó, y en la misma sala donde estaba mi teléfono otro soldado cuidaba otro teléfono como el mío, que tampoco sonó. Ya avanzada la noche, escuchábamos en un transistor la marcha del escrutinio, la victoria de Cámpora era irremediable. De repente, me empiezo a abrazar con ese soldado, al que prácticamente no conocía de nada. Un poco la alegría del momento y, entonces, entra el capitán de mi compañía y me dice «no sabía que era peronista». «No, mire, no es lo que parece...».

Bueno, sales de la colimba y entras en la facultad. ¿Cómo empieza el tema de la militancia?

Siempre había tenido inclinaciones políticas, y leía mucho. Había pasado por ese grupo sionista, pero nunca había tenido una práctica concreta. Al poco tiempo de terminar el servicio militar, sufrí un grave desengaño amoroso y tenía amigos que estaban militando en el peronismo revolucionario y qué sé yo... todo iba...

Fermentando.

En auge. Entonces decidí que había llegado el momento de asumir un mayor compromiso.

¿Pero ese compromiso se tradujo en reuniones, células?

Se hacían reuniones periódicas para discutir la realidad nacional, las propuestas de la organización, y también se planificaba bastante. Militaba en la Juventud Peronista (JP), el frente de masas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Montoneros. Estaba en una Unidad Básica³ en San Telmo.

¿Perón ya había vuelto?

Luego se murió Perón, pero yo estaba, en esos meses previos, en *standby*. Más o menos coincidiendo con la muerte de Perón llegué a la conclusión de que no tenía sentido que siguiera con esa militancia y que tenía que prever mi vida urgentemente. Ahí empezó otro momento delicado, ¿y ahora qué hago? Decidí irme de «retiro espiritual» una semana, en septiembre. Mis abuelos tenían una casa en Córdoba, cerca de Carlos Paz. Empecé a barajar distintas hipótesis sobre mi futuro. Una, estudiar Derecho, siguiendo la tradición familiar. Dos, Informática, ya que trabajaba en el Correo como programador de ordenadores. Tres, dedicarme profesionalmente a la poesía. O cuatro, retomar Historia. En septiembre de 1974 decidí lo último. Mientras estaba en Córdoba, Montoneros anunció su pase a la clandestinidad y el de todos sus frentes de masas. Y pensé, de la que me he salvado...

Saliste a tiempo.

Al poco tiempo intervinieron la universidad y la cerraron... 1975 lo cursé normalmente y en 1976 empecé, y rápidamente fue el golpe.

¿Y decidiste salir muy rápidamente o te tomó tu tiempo la decisión? Debe ser difícil.

Al principio no estaba demasiado preocupado. Me habían metido preso en 1973. En un allanamiento que hubo en un local de la Juventud Trabajadora Peronista. Eran otros tiempos. Estuve solo una noche en la comisaría, me largaron...

¿Pero te ficharon?

Me ficharon, claro. Cuando fue el atentado contra Alberto Villar, el jefe de la Policía Federal... Esa tarde fue la policía a mi casa. Cuando fueron, yo no estaba, y vieron a la portera para preguntar por mis rutinas. Más tarde, en julio de 1976, después del golpe, me encontré con uno de los líderes de la Federación Juvenil Comunista, la Fede, a quien conocía. Su mellizo había sido compañero mío del Nacional Buenos Aires y me preguntó: «¿Vivís en la calle Arenales?». Y digo, «Sí, ¿por qué?». «No, porque estás en una lista (negra) de la facultad». Entonces, no tenía idea de cuán cruzada estaba la información. Ahí decidí que me tenía que ir.

Fue una intuición providencial. En esa época, tampoco se sabía lo que se venía. Había habido otras dictaduras militares, había habido represión, encarcelamientos... pero no era posible intuir la dimensión de lo que sería el Proceso.

Ya había sido el asesinato de José Ignacio Rucci (un líder sindical peronista cercano a Perón) y la violencia iba en aumento. De alguna manera, el pase a la clandestinidad de Montoneros tuvo que ver con esos embates represivos, en un intento de poner a cubierto, al menos, a la parte más visible de la organización. Es verdad que había toda una operación inconsciente

de negar la realidad o, por lo menos, de hacerla menos visible, pero todo lo que pasaba se sabía. Recientemente publiqué una cosa cortita en *Intramuros*, llamada «El bife del miedo».

Sí, lo leí.

Allí cuento que cuando salí de Buenos Aires, el avión de Iberia hizo escala en Las Palmas de Gran Canaria. Entonces, había que bajar para el repostaje. Compré *Cambio 16*, una revista que en Argentina también tenía mucho éxito. Había un artículo, titulado «El bife del miedo», que contaba los excesos de la represión en Argentina, los atentados de Montoneros. Todas cosas que conocía y sabía. Si bien tenía la pintura general, negaba lo que pasaba, pero al verlo así todo junto...

Te diste cuenta.

Sobre todo a diez mil kilómetros de distancia. Me tuve que pellizcar la mano para tomar conciencia de que estaba muy lejos y a salvo.

Llegaste a España y ¿entraste pronto en contacto con la universidad, te matriculaste rápidamente o...?

Lo primero que hice fue matricularme. Llegué a Madrid el 19 de agosto. Ese año coincidía con el Congreso de Americanistas en París. Era mi primer viaje a Europa, y aproveché para ir al Congreso de Americanistas. Allí vi a Juan Carlos Garavaglia. En el Congreso tuve la suerte de conocer a algunos españoles, entre otros a José Alcina Franch, entonces vicerrector de la Complutense y encargado de las convalidaciones. Eso hizo el proceso un poco más favorable, pero no mucho más. El balance es que en Buenos Aires hice tres cuartas partes de la carrera y en Madrid otras tres cuartas partes.

Es interesante lo que cuentas, porque a veces los historiadores pensamos en el proceso histórico como una especie de acumulación sedimentaria. Hay momentos que son como nudos en los que

estallan muchas cosas, que no necesariamente son solo una acumulación. Eso es muy interesante tal y cómo lo has contado. Esto me lleva a pedirte que comentes un poco, ¿qué tipo de historia se enseñaba en la UBA?, ¿cómo es la experiencia?, ¿qué es lo que se discutía en Historia?

En esa época estaban las llamadas cátedras nacionales. También habían ingresado una cantidad de profesores jóvenes, bien de izquierda o bien peronistas. Hubo dos profesores muy decisivos en mi formación histórica: Juan Carlos Garavaglia y Enrique Tandeter, que hicieron que me inclinara por la historia colonial.

¿Y cómo era el currículum de la carrera, qué líneas se seguían?

El currículum de la carrera era bastante tradicional. Por un lado, Historia Antigua, Medieval, Prehistoria, Historia de España y luego Historia de América e Historia argentina. Y luego Historia Social General, y no me acuerdo si había Historia Económica como tal. Creo que no, pero sí había Historia Social. Y luego, bueno, Filosofía, Geografía, Literatura.

¿Y qué fue lo que te sorprendió del ambiente universitario español respecto a lo que vos traías o que habías vivido en la Argentina hasta ese momento?

La efervescencia del inicio de la Transición y el postfranquismo, que era mucho más visible entre los estudiantes que en el profesorado. La facultad era muy contradictoria. Estaba todo el tema de los *penenes* (profesores no numerarios) con cierta agitación; pero el departamento de Historia de América era un paraíso del pasado.

Y además estaban con todo el pasado imperial y era como un reducto, digamos, de...

Del franquismo, ¿no? Lo veía y lo sentía de esa manera. En otras especialidades, como Historia Contemporánea en menor medida, pero también.

¿Ya había especialidad de América? ¿Elegiste las materias de América...?

Claro, elegí la especialidad de Historia de América. Entre otras cosas, porque tenía una trayectoria.

Claro.

Poco antes de venir a España contacté, en Buenos Aires, con Reyna Pastor, que venía para aquí. Llegó quince días antes, pero quedamos en contacto. Reyna me presentó a gente de Medieval: Abilio Barbero, Javier Faci, Carlos Estepa, Marisa Loring. Y, también, de Historia Económica: Gonzalo Anes, Gabriel Tortella...

A mí me llama la atención la tradición de medievalistas argentinos...

Relacionada con Claudio Sánchez Albornoz.

Claro, claro.

En la UBA estaba el Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani, que era muy fuerte, y el Instituto de Historia de España, que también era muy potente.

¿Y cuándo te encuentras con los dos Pedros? Porque eran como un trío. O sea la gente que ha pasado por Historia de América, cuenta que había tres profesores que destacaban: vos y los dos Pedros, Pedro Pérez Herrero y Pedro Vives.

Con Pedro Pérez, cuando terminé la carrera. Pedro había ido a hacer su doctorado al Colegio de México. Con Pedro Vives compartimos algunas asignaturas en el Departamento. Entre lo poco potable que entonces había, estaba Guillermo Céspedes del Castillo, históricamente de lo más sólido, con buena formación y lecturas actualizadas, pero bastante conservador en lo político y lo personal. Luego, Francisco de Solano, que no era exactamente abierto, pero era de lo más abierto que podías encontrar. Algo mayor, pero con el que se podía hablar. Finalmente, Vicente González Loscertales, alrededor del que empezamos a girar esta cons-

telación de los más jovencitos: Pedro Pérez, Pedro Vives y yo.

Y terminas la carrera. ¿Enseguida decides que vas a hacer la tesis doctoral...?

En Buenos Aires trabajaba en un equipo de investigación con Enrique Tandeter sobre el impacto regional del mercado de Potosí. Cuando llegué, quería hacer la tesina sobre un tema vinculado al Alto Perú, esencialmente historia económica y colonial. Tandeter me avisó de un archivo privado, de los condes de Guaqui (Goyeneche). Contacté con ellos y hablé con el conde. Miré los catálogos y vi que la documentación se prestaba para hacer una historia familiar. Tras unos meses de trabajo le comenté que había «un material riquísimo para escribir la historia familiar». Su respuesta contundente fue: «Con mi familia no se meta. Hasta aquí hemos llegado». Fue el último día que pisé la casa. Pero la tesina, afortunadamente, estaba prácticamente acabada. Iba a concluir la semana siguiente, pero tenía todo fichado. Lo único que quedaba fue terminar de escribirla y presentarla.

¿Y ese trabajo lo dirigía?

Guillermo Céspedes. Muchos años después me encontré con uno de los hijos o nietos del conde y nos reconciamos. Habían leído finalmente mi trabajo y les gustó.

Estabas con perspectivas cuantitativas, ¿no? Con modelos informáticos para la Historia cuantitativa y, de repente, te interesas por la historia de la familia.

El proyecto de Potosí, en Buenos Aires, utilizaba los libros de alcabalas. Mi idea era seguir trabajando con Historia Económica del Alto Perú, pero claro, encuentras ese material...

Sí, sí. Ser capaz de ver la oportunidad, ¿no?

Entonces empecé a leer, no sé si había leído antes o empecé a leer entonces, sobre pro-

sopografía. Quería replicar la jugada en la tesis doctoral. A través de un amigo, Alfonso de Otazu, contacté con su tía, la marquesa de Casa Torre, que tiene el archivo del primer marqués, corregidor de Arica a principios del siglo XVIII. Fui unas Navidades a ver el archivo y su contenido. Había documentación muy valiosa e interesante. Trabajé una semana, todo fantástico, muy amables. Quedé en volver en el verano. Y cuando me puse en contacto con ellos dijeron: «No, no vamos a ir este verano. Llámanos en Navidades». Y en Navidades: «No, va a ser imposible..., en verano». Afortunadamente, con lo que había visto esa semana armé el primer esquema de lo que sería la tesis doctoral, ya que el primer marqués había tenido mucho contacto con comerciantes franceses. Pensé en hacer un capítulo introductorio sobre el comercio francés en Chile y Perú a comienzos del XVIII, para luego centrarme en los negocios de este aristócrata y empecé a trabajar sobre los franceses. El verano que iba a ir a Navarra, previamente fui a París a ver archivos y bibliotecas. Y cuando un año después constaté que nunca podría consultar ese archivo, decidí transformar el capítulo introductorio en la tesis doctoral.

Que al final resultaba casi más difícil y ambicioso este proyecto que el original porque se trata de una historia más transnacional.

Sí, pero con otras facilidades y otras complicaciones. Entonces veo la importancia de la perspectiva. Desde la óptica española, el comercio de los extranjeros en las colonias americanas estaba prohibido, era contrabando y, teóricamente, no dejaba huellas. Pero desde la óptica francesa era una actividad totalmente legal, y la labor de los comerciantes galos, especialmente bretones, pero también marseleses, quedaba perfectamente recogida en los repositorios de Francia.

Esta tesis se convirtió en tu libro, Cádiz y

Saint-Malo en el comercio colonial peruano, una historia del periodo colonial. En otras épocas, los historiadores veían cómo el pasado determinaba el presente y hoy somos más escépticos. Pero la pregunta sería, ¿cómo estudiar el pasado colonial nos puede ayudar a iluminarnos en el presente de alguna manera?

Lo que enseña el pasado colonial son constantes, tendencias presentes en las sociedades, con cruces, intercambios personales, étnicos, comerciales, de todo tipo. Si se lee el pasado colonial de una manera sistemática y no superficial, y con la perspectiva adecuada, se concluye que, siendo los localismos importantes, las ramificaciones lo son mucho más. Desde una óptica sudamericana, el mercado de Potosí articulaba circuitos comerciales muy potentes, desde Buenos Aires, Santiago de Chile, Córdoba o Tucumán. Pero también de Colombia, Venezuela y Ecuador. Había movimientos de mercancías a lo largo de todo el territorio, y eso impactaba en la gente, en la economía, en la sociedad. También está la importancia del mestizaje. Esto de ver las sociedades actuales como sociedades muy cerradas, muy determinadas por los nacionalismos, es un invento posterior.

Terminaste la tesis. ¿Ya trabajabas? ¿Encontraste algo de trabajo?

Cuando terminé la tesis, empecé a trabajar prácticamente enseguida. Tuve suerte, porque estaba muy vinculado con gente de Historia Económica. Era bastante amigo de Leandro Prados. Había un profesor de la Complutense, Carlos Barciela, que trabajaba sobre Historia Agraria. Tuvo un accidente y necesitaba un sustituto para sus cursos en el CEU San Pablo. Entonces Leandro me preguntó si me interesaba.

Pero hasta llegar a la titularidad fue medio calvario, ¿no?

Al poco tiempo de terminar la tesis doctoral me salió una ayudantía en Geografía e Historia

en la Complutense. En 1981 leí la tesis doctoral, que había realizado gracias a una beca doctoral en Historia Económica del Banco de España.

No sé si, por conocer los dos ambientes, tenías la sensación de que la universidad porteña es más plebeya, en cierta manera, menos jerárquica que la madrileña.

Por un lado, menos jerárquica y, por otro, más abierta a las críticas. Lo ves en las clases, las intervenciones de los alumnos, las respuestas de los profesores, los seminarios. Salvo algunas excepciones. También en las reseñas bibliográficas.

Complicado acceder.

Mi primera oposición fue todavía para las viejas adjuntías, con cuatro o cinco ejercicios. En el primer ejercicio nos echaron atrás a Pedro Vives y a mí. Luego me presenté a dos oposiciones al Consejo. Una, la primera, fue maravillosa. La plaza era de Historia Contemporánea de América, y al terminar el primer ejercicio, antes de que colgaran las notas, se me acerca el secretario del tribunal y me dice, «Lo has hecho fantástico, has sido el mejor, pero el presidente y yo te pediríamos que no te presentes al segundo ejercicio».

Ay, no lo soporto.

La idea era que quien tenía que sacar la plaza, que efectivamente la sacó, fuera el hermano de un ministro de Hacienda. Lo más contemporáneo que había trabajado quien sacó la plaza era el siglo XVI.

¿En qué medida estas experiencias tan frustrantes influyeron para que en el futuro tuvieras a la calidad como un criterio inapelable?

Eso lo tenía claro desde el principio. Soy bastante cabeza dura y le dije que no, que me iba a presentar. Me presenté y, obviamente, no me dieron la plaza.

¿Con qué argumentos?

El tático era el de siempre: «Importante y fundamental, tener tres votos en el tribunal». La siguiente, también de Historia de América Contemporánea, tampoco la saqué. Luego empezó otra parte de la saga, con la LRU y las idoneidades. Para poder participar de las idoneidades tenías que haber sido becario posdoctoral. Si habías ido al extranjero con una beca posdoctoral, aunque hubieras ido a Tombuctú, podías presentarte. Con mi beca del Banco de España, ni modo. No entraba en las condiciones. Luego salen tres o cuatro plazas en el Departamento. Una la saca Pedro Pérez y la mía sale como Historia Económica de América. El Departamento la aprueba sin problema, la junta de facultad la aprueba sin problema. Pasaba el tiempo, no había noticias. Voy al Rectorado a averiguar cómo estaba el expediente. «No, aquí no hay ninguna Historia Económica de América. Espérese, lo que tenemos es una Historia de la Iglesia en América». Logré pararlo, pero, vuelta a empezar todo el trámite: consejo de departamento, junta de la facultad, rectorado. Y otra vez, Historia de la Iglesia de América. Lo paro nuevamente, vuelta a empezar y finalmente Historia Económica de América. Una de las firmantes era una profesora titular de la Autónoma. Las malas lenguas decían, con razón, que la habían convencido para que la firmara, garantizándole la plaza. Finalmente, la plaza quedó desierta. Luego hubo otra plaza del departamento que me presenté, aunque sabía que no era la mía y tampoco la saqué. Finalmente, surgió la oportunidad en la UNED, gracias a Javier Faci, de Historia Medieval. La profesora que llevaba la asignatura en la UNED se jubilaba. Faci era muy amigo de Javier Tusell y se montó la conexión.

¿Y esa era una plaza de?

De titular.

¿Cómo se te ocurrió crear un doctorado en América Latina en la Fundación Ortega?

Con la Ortega entré en contacto poco tiempo después de su creación, a través de Gabriel Tortella y Leandro Prados. Allí conocí a Ezequiel Gallo. Cuando se puso en marcha el Instituto Universitario, se discutió qué programas hacer. Hablando con Gallo, Alberto Van Klaveren y Manuel Alcántara vimos la necesidad de crear un doctorado sobre América Latina. Había que hacerlo junto con la Universidad Complutense. No podía ser de otra manera. Entonces decidí darle el sesgo de América Latina Contemporánea.

¿Crear el doctorado en Contemporánea te lleva a reorientar tu investigación o lo habías decidido antes?

Cuando creamos el doctorado de América Contemporánea, vi que si seguía trabajando en historia colonial mi vida sería un poco esquizofrénica. Entonces, me centré en Historia Económica Contemporánea y empecé a trabajar sobre el patrón oro en América Latina. En la segunda oposición al Consejo, mi segundo ejercicio fue sobre el patrón oro, y en el Tribunal nadie entendía nada.

¿Y el tránsito es un tránsito de una vida entera, pero entre el peronismo revolucionario y el liberalismo?, ¿cómo lo justificas o cómo lo explicas? ¿Pecado de juventud? ¿Mayor cultura y conocimiento?

Todo junto.

Tampoco te vi nunca renunciar. O sea, nunca te vi, como hacen los conversos, demonizar aquella historia, sino aceptarla. Algo así como que lo que soy es gracias a que pasé también por ahí, ¿no?

Exacto. No me gusta descalificar al contrario. Nunca fui estalinista. Tenía muchos amigos en la Fede (Federación Juvenil Comunista argentina) pero nunca estuve en el partido, ni cerca. Y mi paso por el peronismo fue efímero y tuvo que ver con el brote emocional de 1973/74, más una retirada a tiempo. Al comienzo de mi exi-

lio madrileño, septiembre u octubre de 1976, había unas reuniones periódicas en un local de la UGT, en la Calle Quintana. Por supuesto, la tónica dominante era el ataque a la dictadura. Cuando terminó una reunión y anunciaron la siguiente dijeron que Carlos Rodríguez Braun, al que no conocía de nada, hablaría de la economía argentina y de la política de José Alfredo Martínez de Hoz (ministro de Economía de entonces). Llegó el día y todo el mundo estaba preparado para escuchar las andanadas más feroces contra Martínez de Hoz y la política neoliberal de Argentina y ¡oh, sorpresa! Carlos hizo una *laudatio* de Martínez de Hoz, ante el estupor general. Así lo conocí. Posteriormente, le publicamos en *Resumen de la Actualidad Argentina* (la revista quincenal del Club para la Recuperación Democrática Argentina, una agrupación pluralista de exiliados), dos o tres artículos. Me tuve que pelear seriamente con alguno para publicar sus opiniones. La idea era que en un club para la recuperación democrática cualquiera tiene derecho a opinar lo que quiera, aunque no estés de acuerdo. En ese proceso de conversión, de evolución político-ideológica fue importante mi amistad con Ezequiel Gallo, con quien sí tuve mucho contacto, y luego el año sabático que pasé en Oxford.

Sí y ahora, más que cuestiones ideológicas, cuestiones de sensibilidad. Habiendo nacido en la Argentina, de familia judía, habiendo pasado todo lo que pasaste, hay una cuestión de sensibilidad hacia ciertas cosas, como por ejemplo la desigualdad, la injusticia. ¿Cómo te posicionas ahora respecto a esto?

Mi apuesta por el liberalismo es más política que económica.

Bien, perfecto. Eso es lo que quería aclarar.

Creo que el discurso debe girar en torno al rescate de los valores democráticos, de las libertades. Los temas de política económica son

otra cosa, y cada cual puede estar más o menos de acuerdo en cómo se gestiona.

Curiosamente, viendo el tránsito de una posición revolucionaria a una posición liberal, uno no encuentra, desde tus primeros trabajos como el Cádiz y Saint-Malo, un peso de la ideología tremendo. Pareciera que hay un compromiso con la profesión y con una forma de trabajar muy, muy constante. No sé cómo lo ves tú.

Hay una cosa que me marcó desde que estaba en la facultad, antes incluso de esa deriva hacia el liberalismo político. Algo que no soportaba era que para hacer historia había que citar ochenta veces a Marx.

Como la Biblia.

Eso me ponía de los nervios. Creo que todavía me ha marcado más después de Oxford.

Tu último libro es sobre Bolívar y la manipulación de su pensamiento por parte de Hugo Chávez y el chavismo. ¿Cómo se entronca eso con tu producción historiográfica?

En efecto, estamos hablando de *El sueño de Bolívar y la manipulación bolivariana. Falsificación de la historia e integración regional en América Latina*. De alguna manera, es una buena síntesis de lo que ha sido mi trayectoria histórica, investigadora en los últimos 45 años. En primer lugar, incluye cuestiones de historia colonial, del proceso emancipador y del desarrollo del pensamiento independentista de Francisco de Miranda y Simón Bolívar. También de historia política latinoamericana, muy vinculada a mis trabajos sobre elecciones y partidos políticos, como el libro sobre la Liga del Sur en la provincia argentina de Santa Fe, de fines del siglo XIX y principios del XX. Y, finalmente, con mi labor más reciente en torno a las relaciones internacionales y la integración regional, vinculada a mi actividad como investigador principal (analista) en América Latina del Real Instituto Elcano.

El libro es un constante diálogo entre pasado y presente, entre el desarrollo de un pensamiento concreto vinculado al momento de la emancipación americana, y su reciente manipulación con fines políticos por parte de Hugo Chávez y lo que se dio en llamar el bolivarianismo, que intentó convertir a Bolívar en el gran precursor de la integración regional latinoamericana, al igual que en el creador del socialismo del siglo XXI y del antiimperialismo (yanqui por supuesto). Si bien Chávez no fue original en su deseo de reivindicar el «sueño» bolivariano de la Patria Grande sí trabajó arduamente para identificar su figura y su pensamiento con el del Libertador, aprovechando eso que Germán Carrera Damas definió en su día como el «culto a Bolívar».

Bueno Carlos, muchas gracias por haber compartido tu memoria con nosotros. Estamos seguros que esta conversación da una dimensión desconocida y rica de tu trayectoria como historiador y un registro de lo que fue durante mucho tiempo la universidad.

NOTAS

- ¹ Muchos inmigrantes judíos del Este de Europa llegaron a la Argentina a través de las sociedades de colonización que los instalaron en establecimientos agrícolas en la zona del Litoral.
- ² El Colegio Nacional de Buenos Aires, ligado a la Universidad de Buenos Aires, es una institución pública de notable prestigio donde tradicionalmente se formaron las élites argentinas.
- ³ Centros barriales dedicados a la militancia y a la formación política y doctrinal.